El viaje

Elfain

Capítulo 1

05/ 08/ 2018

Entré a su cuarto y lo encontré ocupado, ensimismado como siempre que se embarcaba en un nuevo proyecto. Había un paquete de correo vacío sobre la cama. Tenía un juguete nuevo que no me había enseñado. Ni se inmutó cuando entré y tampoco articuló palabra alguna.
Permanecí sentado sobre la cama, observándole en silencio. Estaba de espaldas a mí, concentrado sobre su escritorio, manipulando minuciosamente lo que fuera que tenía delante. Sabía que no debía acercarme a husmear ni preguntar, así que esperé pacientemente.
Al cabo de un rato, por fin, se levantó y me miró con un brillo especial en los ojos.
- Vamos- dijo sin más. Tampoco hacía falta más. Era ya habitual: sabía que yo me prestaba con gusto como conejillo de indias para todos sus experimentos y sólo en contadas ocasiones me explicaba algo sobre el mismo antes de realizarlo. Decía que así los resultados eran más "puros", más fiables.
Sin embargo, aquel día... si creía tan sólo remotamente que iba a funcionar lo que se proponía... Pero nada, ni una sola palabra... Siempre fue tan frío...
Me levanté y le seguí, como siempre hacía, completamente ignorante de lo que ibamos a hacer.
Lo seguí hasta la calle y después a través de las calles desiertas. Me condujo hasta la esfera. Aquel enorme orbe luminoso que crepitaba varios metros sobre los rascacielos, produciendo reverberaciones en el aire que se notaban a pie de calle y hacían que se te erizase el vello. Nadie sabía lo que era, de dónde había salido ni por qué estaba allí. Un día apareció sin más. El ejército había tratado de atacarla con todo tipo de artillería pero la esfera, lejos de deteriorarse o desaparecer, se había limitado a absorber todos y cada uno de los ataques que había recibido y lo único que provocaron, antes de darse por vencidos, fue que ésta aumentase su tamaño.
No pudieron hacer otra cosa que no fuera evacuar a la gente que vivía en la zona, por prevención, pero los vecinos que vivían en los alrededores también acabaron marchándose por voluntad propia. Nadie quería estar cerca de aquello.
Mi hermano sacó un gancho de metal de su bandolera, unido a un grueso cable que salía de ésta. Me lo dio y señaló una antena metálica que había a varios metros de altura, sobre la azotea de un edificio, cerca de la esfera. Era de las antiguas, con forma de parrilla con barras planas y anchas y emanaba un brillo peculiar. Al parecer parte de la energía de la esfera había electrificado la antena.
Me pareció peligroso, al menos más de lo habitual. Pero no hice preguntas. Ya habíamos realizado toda clase de experimentos y siempre

había salido ileso o, al menos, no herido de gravedad. Confiaba en él, así que cogí el gancho y me dirigí hacia el edificio sobre el que se encontraba la antena, extendiendo varios metros de cable entre mi hermano y yo. Escalé el edificio sin demasiada dificultad. Ya estaba acostumbrado a cosas similares. Constituíamos un buen equipo: él era el cerebro y yo el músculo.
Llegué hasta la cornisa del bloque y paré unos instantes a recuperar el aliento y planear el siguiente paso. Ubiqué la antena y analicé mi posición con respecto a ella. No podía acceder a ella por detrás. Tenía que saltar al vacío desde el borde de la cornisa donde me encontraba y enganchar el garfio metálico. Tenía sólo una oportunidad: o lo conseguía o caería de espaldas contra el duro asfalto, muchos metros más abajo, a una muerte segura.
Miré a mi hermano, el cual me observaba en la lejanía, en silencio, a la espera de que hiciera lo que me había encargado. Estuve tentado de hacerle señas, de explicarle la situación y lo arriesgado que era, pero me contuve. Seguramente ya lo sabía. Seguro. Siempre estudiaba minuciosamente el escenario de sus experimentos y aquella no iba a ser una excepción. ¿Tendría un plan b por si yo fallaba? No había manera de saberlo... decidí confiar en él una vez más, como siempre había hecho.
Me sequé el sudor de las manos en los pantalones raídos y aferré con fuerza el gancho. Me acerqué tanto como pude a la antena, recorriendo el fino borde de la cornisa con los pies ladeados. El aire a mi alrededor crepitaba y estaba cargadísimo de partículas en suspensión que amenazaban con metérseme en los ojos y hacer aquello más difícil aún. Centré toda mi atención en las barras metálicas entre las cuales debía colocar aquel gancho del que de repente dependía mi vida.
Reuní todo el valor que pude y me visualicé a mi mismo consiguiéndolo y deslizándome cable abajo con una sonrisa para celebrar con mi hermano un trabajo bien hecho y comprobar qué era lo que se proponía con aquello.
Lancé una últim mirada a mi hermano, el cual seguía exactamente en el mismo punto donde lo había dejado, con el mismo gesto expectante e impasible, no parecía haber movido si quiera un músculo. Pense que posiblemente era la última vez que lo veía, si fallaba...
Y con ese pensamiento en la mente, salté al vacío.
Recuerdo luz cegadora a mi alrededor. La energía que cargaba la antena pareció entrar en reacción con el gancho mucho antes de que éste si quiera llegase a tocarla. Fueron milésimas de segundo, pero lo recuerdo mucho más lento: yo estaba en el aire, desorientado por la cantidad de luz y energía que me envolvía. El aire estaba tan cargado de partículas y electricidad que casi parecía cristalizarse. No veía la antena ni el suelo, no sabía dónde era arriba o abajo: todo era luz y probablemente iba a morir.
Entonces escuché el "clanck" del gancho golpeando contra la antena y acto seguido una sacudida brutal de energía me golpeó de lleno. Después sólo recuerdo luz y un estruendo ensordecedor, seguido de mi cuerpo convulsionándose violentamente y un agudo zumbido en los oídos.
De repente la luz cesó y caí de espaldas contra un duero suelo el cual me

pareció que estaba mucho más cerca de lo que debería. Me incorporé magullado y desorientado. No reconocía el lugar en el que estaba y mi hermano no estaba allí.
Acabábamos de hacer el primer viaje de la historia de nuestra especie a través del tiempo y el espacio, aunque yo aún no tenía ni la más remota idea de lo que acababa de ocurrir.
Jamás volvimos a vernos.